

Herbert Clyde Lewis
UN CABALLERO A LA DERIVA

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Gentleman Overboard*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Herbert Clyde Lewis, 1937
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-66-8
DEPÓSITO LEGAL: CC-52-2023
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Cuando Henry Preston Standish cayó de cabeza al océano Pacífico, el sol empezaba a salir por el este en el horizonte. El mar estaba sereno como una laguna; el tiempo era tan cálido y la brisa tan suave que era inevitable sentirse embargado por una gloriosa tristeza. En aquella parte del Pacífico el amanecer llegaba sin alardes: el sol simplemente colocaba su cúpula naranja en el extremo más lejano del gran círculo y empezaba a subir, despacio pero sin pausa, para que las tenues estrellas tuvieran tiempo de sobra de desvanecerse con la noche. De hecho, Standish estaba cavilando sobre la gran diferencia que había entre el amanecer y el atardecer cuando dio el desafortunado paso que lo hizo caer al mar. Pensaba que la naturaleza prodigaba toda su generosidad en los majestuosos atardeceres pintando las nubes con franjas de colores tan deslumbrantes que nadie que tuviera un mínimo sentido de la belleza podría olvidar jamás.

Y pensaba que, por alguna inexplicable razón, la naturaleza era inusitadamente contenida con sus amaneceres en aquel mismo océano.

El vapor *Arabella* avanzaba con regularidad desde Honolulu hacia la zona del canal de Panamá; al cabo de otros ocho días con sus noches, llegaría a Balboa. Pocos barcos hacían la ruta entre Hawái y Panamá: sólo este barco de pasajeros, cada tres semanas, y algún carguero ocasional. Los barcos extranjeros rara vez tenían motivos para hacer esa ruta, ya que los barcos estadounidenses dominaban la mayor parte del comercio con las islas y el grueso del tráfico iba a San Pedro, San Francisco y Seattle. En los trece días y trece noches que el *Arabella* llevaba en el mar sólo se había avistado un barco, que iba en dirección contraria, hacia Hawái. Standish no lo había visto. Estaba leyendo una revista en su camarote, pero el primer oficial, el señor Prisk, se lo comentó más tarde. Era un carguero con un nombre escandinavo que enseguida olvidó.

Hasta entonces todo el viaje había sido tan plácido y agradable que Standish no se cansaba de agradecer a su buena estrella el haberlo decidido a viajar en el *Arabella*. En una vida acosada por las preocupaciones y las responsabilidades, como correspondía a su posición social, ese viaje siempre destacaría por ser algo sencillo y bueno. Si nunca

volviera a disfrutar de tranquilidad, no le importaría, pues ya había comprobado que tal cosa existía. Su buena estrella era la Estrella Polar, que en aquella latitud estaba cerca del horizonte, y la había elegido entre todas las demás porque no sabía mucho de estrellas y ésta era la más fácil de localizar y recordar.

El *Arabella* era en realidad un carguero con un limitado acomodo para pasajeros en la parte central del buque. Había ocho personas a bordo además de Standish. Estaba la fértil señora Benson, que le había dado a su marido cuatro hijos en poco más de cuatro años y medio. Aunque el señor Benson no estaba presente —sí lo estaban sus cuatro imágenes, tres niñas y un niño de edades que iban de casi cero a tres años y ocho meses—, era como si lo estuviera, por lo mucho que la señora Benson le hablaba de él a Standish. El señor Benson trabajaba como auditor itinerante para un banco; por alguna razón se habían separado y ahora la señora Benson iba a reunirse con él en Panamá.

De los tres pasajeros restantes, dos eran misioneros, unos tales señor y señora Brown, que parecían levantar una barrera cada vez que Standish se acercaba a ellos, como si quisieran sugerir que sabían tanto sobre Dios que no tenía sentido intentar entablar amistad con él. El último compañero de viaje de Standish era un granjero del norte de

Estados Unidos de setenta y tres años, de nombre Nat Adams, que no tenía ninguna explicación sensata de por qué estaba allí. Después de toda una vida de duro trabajo, dos hechos trascendentales habían tenido lugar al mismo tiempo: una buena cosecha de patatas y un gran arrebató de pasión por ver mundo. Había soltado el arado y había comprado los pasajes al azar; ahora, a bordo del *Arabella*, se había hecho amigo incondicional de Standish y no se cansaba de exponer las virtudes de su dentadura postiza, que se sacaba de la boca y exhibía con orgullo a la menor provocación.

Los propietarios del *Arabella* no estaban obteniendo beneficios con el viaje; se decía que el servicio entre Panamá y Hawái se suspendería al año siguiente. En ese trayecto la mercancía era escasa y, en parte, el *Arabella* navegaba en lastre. El señor Prisk estaba seriamente preocupado porque se estaba haciendo mayor y los dos hijos que tenía en Baltimore estaban creciendo. Llevaba tres años sin ver a los niños ni a su esposa, pero la compañía le enviaba directamente a la señora Prisk el ochenta por ciento de su sueldo de primer oficial, con lo que a él apenas le quedaba para tabaco e impermeables.

El capitán Bell no prestaba atención a sus pasajeros. Cenaba con ellos la primera noche de viaje. Después se retiraba a su camarote y pasaba los

días siguientes en reclusión. El señor Prisk decía que el capitán era un fanático de las maquetas de barcos y que se había pasado los tres viajes anteriores haciendo una reproducción en miniatura de una goleta de cuatro palos. El segundo y el tercer oficial, así como los maquinistas y Sparks, eran todas personas agradables que tenían una especie de torneo de *bridge* que estaba en pleno apogeo; en cuanto uno terminaba su guardia, ocupaba el sitio del que empezaba la suya. Eran amables con los pasajeros, y el señor Travis, el jefe de máquinas, les enseñaba a quienes lo pedían los entresijos de la sala de máquinas, pero el *bridge* era lo primero. El señor Prisk, que había llegado a primer oficial por el anticuado método de empezar como marinero e ir subiendo de categoría, inconfesablemente no sabía jugar al *bridge*, más allá de la fase de la subasta. Así pues, la soledad lo llevaba a mezclarse con los pasajeros de vez en cuando.

Desde el primer momento, Standish lo pasó de maravilla. Sin ser misterioso en exceso, consiguió limitar al mínimo las preguntas concernientes a su vida y pasar el tiempo curioseando sin maldad en las vidas de sus compañeros de viaje. No fue nada difícil: todos ellos, excepto los misioneros, estaban más que deseosos de desahogarse. Standish notó que tenía un profundo deseo de descubrir todo lo que pudiera de aquellas personas;

por primera vez en su vida se despertaba en él un sincero interés por seres humanos desconocidos. Se pasaba horas observando el rostro marchito de Nat Adams o mirando los satisfechos ojos azules de la señora Benson. Por su parte, los hijos de los Benson eran una inagotable fuente de regocijo. Standish reconoció ante sí mismo que en los pequeños Jimmy y Gladys Benson encontraba un deleite mayor del que nunca había encontrado en los dos hijos que él tenía en Nueva York, aunque Dios sabía que los quería tanto como cualquier padre quiere a los suyos. No jugaba con Jimmy y Gladys: se limitaba a sentarse en su cómoda silla de cubierta para verlos hacer sus locuras. Escuchar sus divertidas risas y contemplar sus saludables cuerpos y sus preciosas pieles bronceadas le procuraba una placentera melancolía.

Todo el viaje fue verdaderamente espléndido. Tras el primer día de travesía desde Honolulu, cuando el mar estuvo un poco agitado, el agua quedó tan sumamente en calma que era como navegar por un océano de cristal.

El tiempo era perfecto: ésa era la única palabra que se le ocurría a Standish para describirlo. De hecho, los superlativos habituales le bastaban para describirse a sí mismo el viaje. Había cosas que no se podían expresar con palabras, como el color de los atardeceres, el suave oleaje o la infinidad

de estrellas que llenaban el cielo por la noche. En cuanto a lo demás, el camarote que le habían asignado, la comida, el aire, la litera no excesivamente blanda, con sus sábanas limpias y las fragantes mantas, pensaba que era todo maravilloso, fabuloso y magnífico. Comía mucho, hacía ejercicio en la piscina de lona instalada en la cubierta de pozo y por la noche simplemente se sentaba a fumar sus cigarrillos y a escuchar a Nat Adams intentando explicar cómo de repente la pasión por ver mundo había asaltado a un frugal granjero de Nueva Inglaterra.

Standish se iba a la cama muy temprano todas las noches, y esto explicaba por qué estaba donde estaba cuando cayó al océano. Desvelado a las cuatro por el tintineo lejano de ocho campanillas en el puente, permaneció veinte minutos tumbado entre las limpias sábanas sintiendo el placer de estar despierto. Comoquiera que eran las cuatro y veinte y se había acostado a las nueve de la noche, sabía que ya no podría dormir más. El ojo de buey que había por encima de su litera estaba completamente abierto. Se sentó en la litera y apoyó la barbilla en el frío latón. Era una sensación extraña que le producía deliciosos escalofríos en la espina dorsal. Finalmente, sacó la cabeza por el ojo de buey para que el aire marino le acariciara el rostro. Un poco más abajo, conforme se abría paso en el mar,

el barco producía un quejumbroso runrún, como un lamento. Las estrellas que rodeaban a Standish lo llenaron de asombro. Era todo tan grandioso que se sintió como un niño pequeño.

Al retirar la cabeza del ojo de buey, decidió levantarse y vestirse. Se había afeitado antes de acostarse y el baño podía esperar hasta después del desayuno, antes de ir a nadar a la piscina. Se vestiría e iría a dar un paseo y ver la salida del sol.

Incluso en aquel barco informal Standish se vestía con decoro. Por alguna razón advertía que no era hombre de pantalones desenfadados ni estrafalaria ropa deportiva. Durante todo el viaje había usado sus clásicos trajes de oficina. Tenía cinco en total. Después de encender la luz eléctrica, eligió uno gris del espacioso baúl ropero que tenía abierto en el rincón. Pero primero se quitó el pijama y, de pie y desnudo, se cepilló los dientes y se lavó las manos y la cara en el lavabo del camarote. Acto seguido se peinó el cabello liso, disciplinado, negro mate. Cuando se hubo vestido, del traje marrón que había llevado el día anterior sacó con cuidado el dinero, las llaves y la cartera con sus documentos y lo guardó todo en los bolsillos correspondientes del gris.

Una vez en el pasillo, tuvo la sensación que siempre tenía en el *Arabella* de ser un niño travieso metido en alguna diabólica fechoría. Estaba

todo tan tranquilo que el rumor de la sala de máquinas lo estremeció de nuevo. Caminó casi de puntillas, como si las pisadas de sus zapatos sobre el suelo de acero fueran un sacrilegio. El mundo entero estaba tan silencioso que Standish fue presa del desconcierto. El solitario barco abriéndose camino por el ancho mar, la miríada de estrellas desvaneciéndose en el amplio cielo... eran cosas primordiales que lo relajaban y al mismo tiempo lo perturbaban. Era como si estuviera comprendiendo por primera vez que todos los enojosos problemas de su vida carecían de sentido e importancia. Con todo, se avergonzaba de haberlos tenido en el mismo mundo que podía crear un panorama como aquél.

Entró en el comedor vacío y se sirvió una taza de café solo de la cafetera, que permanecía enchufada toda la noche. Se lo tomó sin azúcar para que aquel líquido caliente y amargo fuera animando su organismo. Después se fumó el primer cigarrillo inhalando profundamente. El aire marino le había sentado de maravilla; la áspera tos de fumador que tenía cuando se despidió de su esposa varios meses atrás había desaparecido por completo. Siempre había sido un hombre fuerte que se cuidaba mucho y sabía que en ese momento estaba en su plenitud física. Tenía treinta y cinco años y nunca en su vida se había sentido mejor.